



ENCUENTROS CON HISTORIAS SUELTAS

RECOPIACIONES PERIODÍSTICAS
ELDOR
BERTORELLO

| Archivo Histórico
| Municipalidad Villa Carlos Paz

EL PANTANILLO INTELECTUAL

Ernesto Sábato llegó a El Pantanillo en 1943, en plena crisis personal., atravesaba el proceso que lo llevó a abandonar la ciencia.

Dejaba sus cátedras de física teórica en la Universidad de La Plata y boceteaba su primer libro.

En esa situación y con escasos recursos, El cineasta Federico Valle le recomendó El Pantanillo. Vivió con su familia un año y escribió su primer libro: Uno y el Universo, que obtuvo en 1945 el primer premio de prosa de la ciudad de Buenos Aires.

Durante ese año, los Sábato convivieron con los vecinos de El Pantanillo y sobre todo, con la familia Binimelis, que guardó aún recuerdos valiosos de esa época.

Francisca "Panchita" Binimelis era una niña en esa época y su infancia cerca de los Sábato fue un tesoro. Recordó que Jorge, el hijo mayor del escritor, vivía en las sierras acompañado por un caballo ordinario, blanco, cabezón, viejo y feo, que lo llamaban Califa y a quien, Jorge le había escrito un poemario y fue distribuido por el vecindario. A menudo, al binomio Jorge/Califa, se le suma el perro de Federico Valle conocido en el paraje como Punk.

La barra de niños de la zona era integrada por Jorge y Mario "Patafín" Sábato, Adolfo, Francisca y Antonio Binimelis, y los Guevara, especialmente Juan Martín.

Para Francisca "Panchita" Binimelis, "Don Ernesto Sábato era un hombre muy callado y atento; pero no daba aspecto de tranquilo. Escribía sentado bajo una higuera que existía a la derecha del rancho "La Tapera". Yo tenía catorce años y a veces le servía la mesa. En un almuerzo me dijo: "Pancha le voy a hacer un regalo. Tome este dibujo". Era un boceto de la casa. Doña Matilde le reprochó 'hacele un regalo que tenga valor' le dijo".

"El siempre estaba serio. Pero cuando tenía ganas de hablar era un hombre muy agradable, muy atento. Daba gusto conversar. Muchas veces comentábamos con mamá que parecía un hombre atormentado. Siempre pedía sosiego, tranquilidad a su señora. Ella sí, era impetuosa, ansiosa, muy ansiosa. No podía estar quieta. Y eso influía en él, parecía que lo irritaba".

Francisca Binimelis lo vio por última vez a Sábato en 1965. El escritor había venido a Córdoba y pasó por Carlos Paz a saludar a los Binimelis. En esa oportunidad, se llegó hasta "La Tapera" que ya estaba abandonada. Le dedicó un ejemplar del libro "Uno y el universo" a "Panchita" y se lamentó por el estado en que se encontraban los ranchos. Saludó al padre de los Binimelis, don Lorenzo y preguntó por un dibujo de una garza que lo atesoró la madre de Francisca, pero ella no supo qué contestarle.

Entre los lugareños que asistieron a los huéspedes de El Pantanillo estaba doña Tomasa Ortiz de Polanco que les cocinaba. Eran famosas las empanadas de doña Tomasa. A Sábado le gustaban muchísimo. La cocina de doña Tomasa era muy reconocida por los porteños.

También Andrés García era parte de los asistentes de aquellos "turistas muy originales". García iba a buscarlo a Carlos Paz o, a Córdoba cuando llegaban en tren. Don García se movilizaba en un Dodge modelo 40.

Así lo recuerda

"El Pantanillo no era un lugar de veraneo, en el sentido habitual y correcto de la palabra, sino más bien un refugio de gente un poco bohemia y sin dinero y fuera de los Cordova Iturburu, que alquilaban todos los veranos la casa de los Binimelis, los demás vivíamos en simples ranchos, y en algún caso poco más que eso, sin agua corriente, sin electricidad. Nos bañábamos en el río, lo que en invierno no era casi imposible.

Cuando en 1943 decidí abandonar mis cátedras y mi carrera de físico, necesité buscar un sitio que no me costara casi nada, porque quedábamos literalmente en la calle y pudimos sobrevivir gracias a algunas traducciones y artículos escritos con seudónimo en el diario El Mundo.

Fuimos a parar allá por indicación de Enrique Wernicke, amigo de los Gainza Paz, que también pasaban largos períodos. No los Gaiza Paz de La Prensa sino sus primos pobres. El primer lugar que ocupamos fue un poco más que un rancho que ocupaba don Federico Valle, fundador del cine argentino, pero ya en la ruina económica. Me alquiló el rancho por 17 pesos, él se quedó viviendo en una carpa, donde traducía "Ulises" de Joyce. Un viejo encantador. Eramos todos unos muertos de hambre con excepción de Cordova Iturburu. También se fueron a vivir allí la madre del Che y sus hijos, menos él, que andaba en diferentes partes con su moto. Yo no lo conocí por ese motivo.

Mi estadía en El Pantanillo, pues se debió a motivos de pobreza, aunque, desde luego, tomamos gran cariño a la hermosa y en aquel tiempo casi salvaje serranía, en la que aún se podía topar con un puma.

Carlos Paz en 1943 era un pueblito, que nada tenía que ver con lo que es hoy. En El Pantanillo mismo había turistas, en el sentido estricto de la palabra. Así pasamos todo el año 1943, escribiendo yo mi primer libro y meditando en mi abandono de la ciencia, que no fue tan sencillo y lineal como alguien puede imaginar".

Por allí pasó alguna vez Ernesto "Ché Guevara que visitaba a sus parientes. Luego en 1960 le contestaba una carta a Sabato que comenzaba así:

"Hace ya quizás unos 15 años, cuando conocí a un hijo suyo, que ya debe estar cerca de los 20, y a su mujer, por aquel lugar creo que llamado Cabalango, en Carlos Paz, y después,

cuando leí su libro Uno y el universo, que me fascinó, no pensaba que fuera Ud. -poseedor de lo que para mí era lo más sagrado del mundo el título de escritor- quien me pidiera con el andar del tiempo una definición..." (Ernesto Ché Guevara)

Dos científicos que estaban trabajando en Córdoba lo visitaban, el Dr. Enrique Gaviola, de quién fue asistente en el planetario de La Plata y Guido Beck, discípulo de Einstein. No estaban de acuerdo con que Ernesto abandonara la ciencia y lo presionaban a él y a Matilde para que desistiera. El Dr. Houssay ya le había retirado el saludo para siempre. Beck le pidió que al menos antes de dejar la ciencia terminara su teoría sobre Termodinámica, Sabato se lo prometió.

"Beck fue contratado por el profesor Gaviola, entonces director del Observatorio de Córdoba, para trabajar allá en astrofísica, convinimos en que yo iría todos los sábados al seminario de física teórica que se realizaba en el observatorio. Allí expondría la marcha de mi trabajo y en la discusión subsiguiente tendría oportunidad de ponerlo a punto. Y así fue." ("Palabras sobre mi teoría Termodinámica" incluido en "E. S. Argentinos en las letras")

1944. Antes de que terminara su licencia pasó una semana junto a Beck y Gaviola en el observatorio de Bosque Alegre. *"Allá en lo alto de aquella montaña cordobesa, en el silencio sideral de noches profundas y meditativas, discutiendo con mis amigos sobre ideas, oyendo a Bach o Vivaldi, mirando las estrellas, por última vez sufrí la (casi invencible) tentación de la paz estelar y del orden matemático." ("E. S. Argentinos en las letras").*

A fines de 1944 regresa a Buenos Aires con el libro terminado. Se instala en la casa de Santos Lugares, que aún ocupa. El mismo Valle se la alquiló y él vivió en los cuartos del fondo y finalmente en el sótano. Cuando murió Valle, Sabato compra la casa.

1943: El escritor Ernesto Sabato se radica con su esposa Matilde y sus hijos Jorge y Mario en El Pantanillo (Estancia Vieja), el lugar es frecuentado por literatos, artistas y cineastas como Federico Valle, Córdoba Iturburu, Carlos Furt, Enrique Wernike, el chileno Horovic, Farina, Genardi, Ida Ledesma, el psiquiatra Piterberg, María Fux, Gainza Avellaneda, Jacobo Muchnik, Anatole Kanovich y otros. En ese lugar aun se mantiene en pie, sin techos, lo que este grupo llamaba "La Tapera", en las paredes permanecen dibujos y frases de los visitantes de aquellos tiempos.

"El Pantanillo" cobro fama entre los artistas que volvían de Europa con un cierta relación al movimiento surrealista, el primero en instalarse es el pionero de la cinematografía argentina Federico Valle que se convertiría en el anfitrión de la zona para los intelectuales.

Las propiedades que alquilaban por temporada eran ranchos de las familias Polanco, López Toranzo y Andrés García. Era

famosa entre los porteños la cocina de Doña Tomasa Ortiz de Polanco, en especial las empanadas.

La estadía de Sabato se prolongó por un año y medio y escribió su libro Uno y El Universo que le valió importantes premios en Buenos Aires en 1945, así recordaba su estada ".....El Pantanillo no era un lugar de veraneo, en el sentido correcto y habitual de la palabra, sino más bien el refugio de gente un poco bohemia y sin dinero, y fuera de los Cordova Iturburu que alquilaba la casa de Lorenzo Binimellis los demás vivíamos en simples ranchos y en algún caso poco más que eso, sin agua corriente, sin electricidad, nos bañábamos en el río lo que en invierno era casi imposible. Cuando en 1943 decidí abandonar mis cátedras y mi carrera de físico, necesite buscar un sitio que no me costara casi nada, porque quedábamos literalmente en la calle, y pudimos sobrevivir gracias a algunas traducciones y artículos con seudónimos en el diario El Mundo. Fuimos a parar al Pantanillo por indicación de Enrique Wernike, amigo de los Gainza, no los de La Prensa, sino sus primos pobres. El primer lugar que ocupamos fue poco más que un rancho en el cual vivía Federico Valle, fundador del Cine Argentino, pero ya en la ruina económica, me alquilo el rancho por 17 pesos y él quedó viviendo en una carpa. Éramos todos unos muertos de hambre, con excepción de Cordova Iturburu que estaba en la casona Villa Santa Catalina de los Binimellis, también vivieron allí la madre del Che y sus hijos menos él, que andaba por diferentes partes con su moto. Yo no lo conocí.

Mi estadía en El Pantanillo se debió a motivos de pobreza, aunque desde luego, tomamos gran cariño a la hermosa y en aquel tiempo casi salvaje serranía, en la que aún se podía toparse con un puma. Carlos Paz en el 43 era un pueblito. Así pasamos todo el año 1943, escribiendo yo mi primer libro y meditando en mi abandono de la ciencia, que no fue tan sencillo y lineal como alguien puede imaginar....."